

PRESENCIA DE LA FILOSOFIA EN EL PROCESO DE TRANSFORMACION SOCIAL Y POLITICA DEL HOMBRE PANAMEÑO Y CENTROAMERICANO

Alberto Osorio O

“De las culturas, la mas agresiva ha sido la occidental. Una cultura que por su propio desarrollo ha llevado su modo de ser a otros pueblos sobre los que se ha impuesto. Sus portadores, los occidentales, son los hombres por excelencia, los otros serán sub-hombres y solo alcanzarán la humanidad en la medida en que se sometan plenamente al modo de ver la vida del occidental y sus intereses”

Leopoldo Zea

Nuestra comunicación a este evento intelectual no aspira a ser una monografía de historia de las ideas en América. La presencia de los pensadores de América Central atestigua la existencia y promisoria evolución de una actitud reflexiva y penetrante de los conceptos filosóficos en este sector de nuestro continente hispanoindio.

Rehusamos preguntar con los europeos de si existe o no autenticidad del pensamiento latinoamericano. Ya otros estudios de renombre han indagado con acucioso método la incidencia de las ideas de nuestros cerebros pensantes en el ámbito de la filosofía universal que siempre se ha querido patrimonio exclusivo del Viejo Mundo.

Es harto sabido que se nos acusa de desdeñar la abstracción pura, de adosarnos a la expresión literaria y de comprometernos demasiado con la política, amén de un acentuado pragmatismo cónsono con los vaivenes y avatares de una sociedad que se gesta, de naciones que se fundan, de ideologías en conflicto, breve, de una realidad en pleno devenir.

Por lo demás, América se caracteriza por un pensar poco sistemático que se hace conforme al tiempo y que responde a necesidades y motivaciones ajenas o extrínsecas.

El realismo, nuestra “extroversión” y anclaje a las variables categorías de los fenómenos socio-culturales contrasta con la consabida pero simulada

serenidad de las filosofías europeas a las cuales también subyace un sistema de intencionalidades que son fehaciente reacción y respuesta al momento en que fueron formuladas.

La acción supone ideas, las exige. Ya desde fines del siglo XVIII —enseña Zea— tuvimos el afán de amoldar los conceptos europeos a las condiciones de la independencia y de nuestro proceso. Una vez desligados de los lazos políticos y dueños de una frágil libertad en ese orden, nuestros predecesores en la tarea de establecer los basamentos de la legitimidad filosófica investigaron asimismo una independencia de criterios, procedimientos interpretativos y analíticos que ahuyentaron el colonialismo y la alienación.

También los filósofos de Europa otearon un pensamiento desde su realidad, más en nombre de la civilización (lo transcribimos en el epígrafe de este ensayo), el esquema filosófico y espiritual de aquella Europa pretendía la validez universal y la égida en todos los dominios del saber, casi como símbolo de control para otros conglomerados humanos que por voluntad, fuerza o conquista eran envueltos en lo que hoy daríamos en llamar su “zona de influencia”, órbita política o su bloque económico.

Cuando intentamos pensarnos a nosotros mismos, cuantos seriamente nos esforzamos en escudriñar el ser y destino de los hombres y los

pueblos de América Latina, se nos endilga de mote de "asimilados culturales" y de que solo, con ligeras variantes, captamos el acervo axiológico europeo para hacerlo casi a la fuerza embonar con los géneros de vida y coyunturas muy alejadas de las fuentes que prohicieron las doctrinas a la otra orilla del Atlántico.

En un contexto mayor y mas sensato, habrá sitio y sitial para los americanos que hicieron filosofía y que ahora, con la perspectiva que el curso temporal nos da de hombres y sucesos, respondemos el apremio de reflexionar inmersos como estamos en uno de los momentos en que América y el mundo padecen la crisis de una de sus mutaciones mas radicales en la gama de aspectos que conforma la cultura mundial.

En sus escritos, Mayz Vallenilla alude a una experiencia ontológica, noción que hacemos nuestra en virtud de los considerandos arriba expuestos. Ahora como nunca es inevitable pensar para ser, con toda la carga metafísica existencial de este vocablo.

Nosotros, los pueblos hispanoamericanos, tremendamente jóvenes y desprovistos del venerable ascendente de sistemas y doctrinas bimilenarios del mundo filosófico por antonomasia, perseguimos con ardor los elementos definitorios de nuestra esencia, la cual es historia, razas mezcladas, cuadros espirituales, institucionales y políticos.

Desde las últimas décadas del siglo anterior y las primeras del presente, los Korn, Vasconcelos, Ingenieros, Rodó, Caso, Martí y toda esa brillante pléyade de filósofos nativos de América consignan en sus obras el deber inaplazable de hallar la vía meditativa que conduzca a la colosión del ente profundo con sello propio que somos y que anhelamos ser.

La trayectoria de las universidades de América Central y del sur reflejan con meridiana claridad los malestares del alumbramiento de una sociedad nueva en cuyo nacimiento ha estado y de hecho estuvo presente la filosofía con ribetes sociales y políticos.

Laboratorios de ideas, los Departamentos, Escuelas y Facultades de Filosofía y Humanidades han de ser sobre todo agentes de cambio. La juventud espera de nosotros un mensaje positivo que, sin hacer caso omiso de las filosofías y gestadas por los talentos de talla universal, permita y haga expedito el sendero que nos lleve al encuentro de nuestra idiosincracia, de nuestras posturas ante el ser y la vida, del derecho de cada nación a su autonomía completa, propia determinación y entidad en desarrollo.

Arturo Ardao, pensador uruguayo de reconocidos méritos, diferenció la filosofía americana de la filosofía de lo americano. Sin posiciones controversiales, pensamos que la sutil división es apenas distinguible. A secas y sin epítetos o calificativos de área o regiones, la filosofía sin mas y desde aquí, nutrida por el cariz real de nuestra historicidad no puede abstraer de su contenido la presión que sobre las ideas y planteamientos ejercen los eventos de los cuales somos sujetos y no simples espectadores.

La filosofía de América Latina no es contemplativa; ello desdiría de la función a que estamos llamados y de la misión que el pensamiento racional debe desempeñar en las diversas etapas por las cuales pasa nuestra evolución integral.

Habitualmente se distinguió también entre especulación teórica y especulación práctica con el objeto de indicar respectivamente una actividad desinteresada del cuadro fenomenal y la meditación que arranca de los hechos y vuelve a ellos para enrumbar la acción y alcanza en la acción su madurez y acabamiento.

Esta consabida escisión filosófica tiende en América a unificarse lo cual proponemos bajo el vocablo "sinteticidad". No caemos en conciliaciones sinóreticas o resultados eclécticos. Para nosotros, la validez de la filosofía hispanoamericana, sus estamentos, explicaciones, desenvolvimiento argumentativo y enfoques de problemas solo podrá ser verdadero o falso en la medida en que se sustente en los acontecimientos que la suscitan y trazan su derrotero. Verdades de hecho serán, pues, si el saber filosófico va paralelo y guarda proporción con la realidad que desea abarcar.

El andamiaje de nociones categoriales que forjamos se sostiene en última instancia en una suerte de inducción intelectual y en la relación demostrativa entre la reciprocidad hegeliana de lo real y lo racional.

Panamá y Centro América no son casos-islas del ser americano, no obstante sus particularismos y privativos factores que activan el pensamiento literario, filosófico o la creación estética plástica.

Por su geografía y estratificación geológica, el Istmo panameño está vinculado al istmo centroamericano. Mas por su devenir social, histórico y político, Panamá anudó desde el siglo XIX sus lazos con América del Sur, exactamente a la Colombia grande que intuyó el genio de Bolívar.

Somos el enlace de las tres masas continentales y a menudo se nos atribuye el papel de garganta del hemisferio.

Cuatro siglos de casi ininterrumpido transito nos ha hecho aferrarnos a un ser, a crear una plataforma de entidad para no sucumbir ante fuerzas de tantas procedencias y de tan diversos contenidos.

Lejos de exacerbados nacionalismos partidistas o de miopes regionalismos que impidiesen una visión sensata de las cosas, la integridad territorial es elemento unificador en el momento en que el colonialismo económico aliena valores, manifestaciones autóctonas, casticidad del idioma y físicamente divide en dos la Patria que es una y que se duele de artificiales rupturas y mutilaciones. Nuestros poetas, artistas y hombres de reflexión han vertido en sus producciones, ya por varias progeñes, el lamento de la Patria herida y hendida.

Por tales razones, la filosofía en Panamá se obliga a ser un instrumento cognoscitivo y medio que ha de ser puesto al alcance de todos para garantizar la subsistencia de un pueblo sometido como pocos a vaivenes y oleadas históricas en pugna.

Nuestro desaparecido maestro Isaías García Aponte reclamaba de sus estudiantes, hoy profesionales de la filosofía y más que esto, de la panameñidad, en asumir la naturaleza y forma del habitante del Istmo mediante el pensamiento honesto inscrito en la dimensión del sujeto que se pregunta por la objetivación de su existencia y de su contorno.

América Central y Panamá, incluidas en el esquema poco halagador del Tercer Mundo, nomenclatura de alarmantes escalas y estadísticas, representa una zona de influencia fácil para impactos políticos, ideológicos y económicos. No en vano Salazar Bondy hace referencia en su libro fecundo "¿Existe una Filosofía de nuestra América?" A que somos países proletarios, lo que nunca es óbice para que el pensamiento, en vez de trillar por vetustos parajes europeizados, se transforme y nos transforme en movimiento liberador de conquista de la dignidad humana y premisa estructural para enmendar los errores del pretérito y preparar un luminoso porvenir.

Únicamente por la filosofía, analítica de hondura, impediremos que se nos aliene y distorsione puesto que el ser en otro oculta el desino manifiesto de nuestras naciones.

Esto no es verbal vaciedad. El hombre americano pide su redención: ha de rescatarse de cualquier sistema opresor para que llegue a realizar su humanidad e intensificar su humanismo.

La reflexión teórica sobre bases prácticas de la filosofía americana es toda ella una aventura dialéctica condicionada por las necesidades y urgencias del medio donde opera. Requerimos, además de conceptualizaciones, planteos pragmáticos e incisivos que encuentren para Costa Rica, Panamá y demás países del área un pensamiento removedor de estratificaciones sociales descaecidas que, anquilosándonos, nos reducen a parias del avance ideológico y material.

Ninguna filosofía es creación ex nihilo; el ambiente rarificado en que algunas parecen prosperar esconde entre bastidores el marco que justifica su presencia, desde su aparición hasta su influencia. Es preferible ubicar la interacción entre las ideas y la realidad y valerse del procedimiento de examen para que América sepa pensarse.

El trabajo intelectual conviene a todos porque, pese a nuestra relativa inexperiencia en la labor de creación filosófica hemos de proseguir el deber de hallar sentido a nuestro existir, revisar los hitos de la evolución nacional, incluir la filosofía pensada desde acá en español iberoamericano en el ancho panorama del pensamiento mundial y hacer sentir la voz del hombre de estas tierras que se busca en profundidad como ocurre en cualquier filosofía que merezca ese título y cumpla su ministerio primigenio de rectora de las conciencias y disciplina crítica de lo que somos y de lo que aspiramos a ser.

Así, la filosofía de América, faena colectiva, es una vivencia subjetiva y no una simple enseñanza que se trasmite y luego se olvida. La totalidad del ser está implicado en la existencial y gigantesca actividad de hacerse gracias al pensamiento porque filosofía al fin y al cabo es el sentido que para cada quien tiene la vida.